

*ELENA CROCE, MARIA ZAMBRANO. A PRESTO,  
DUNQUE, E A SEMPRE. LETTERE 1955-1990*

Editora: Elena Laurenzi

Datos de edición: Milán, Archinto, 2015.

*Edición íntegra de la correspondencia entre María Zambrano y Elena Croce*

M. Belén Hernández González\*

Universidad de Murcia

En marzo de 2015 ha sido publicada la correspondencia completa entre María Zambrano y Elena Croce, en un volumen titulado: *Elena Croce, Maria Zambrano. A presto, dunque, e a sempre. Lettere 1955-1990*; editado por Elena Laurenzi para la casa milanese Archinto.

Elena Laurenzi trabaja como investigadora en la Università di Salento (Lecce) y es también profesora contratada de la Universidad de Barcelona, donde realizó estudios de doctorado presentando la tesis: *Una propuesta de lectura de la obra de María Zambrano*, luego publicada como monografía en *María Zambrano. Nacer por sí misma* (Madrid, Horas y Horas, 1995). Colabora desde 1991 con el seminario “Filosofía y género” de la UB y continúa dedicando particular atención a la filosofía de Zambrano. De esta autora ha editado y traducido al italiano varias obras, entre las que destacan: *Dell’aurora*, *Le parole del ritorno*, *Dante specchio umano* y los estudios del monográfico de la Revista *Aut Aut* titulado *Maria Zambrano, pensatrice in esilio* (1997). Además del estudio: *Sotto il segno dell’aurora. Studi su María Zambrano e Friedrich Nietzsche* (Pisa, ETS, 2012). Entre sus últimas contribuciones, destaca: *Por amor de la materia. Ensayos sobre María Zambrano* (junto a Pina de Luca, Madrid, Plaza y Valdés, 2014).

En esta ocasión Laurenzi presenta un material inédito muy valioso, gracias al trabajo riguroso de revisión y anotación por orden cronológico de todas las cartas intercambiadas durante treinta y cinco años entre ambas autoras; es decir, desde los inicios de su amistad hasta la muerte. Como es sabido, Elena Croce –además de reconocida hispanista, directora de revistas de cultura y escritora–, era entre los años cincuenta y sesenta, presidenta de un comité de ayuda a los exiliados políticos, quizá por ello tuvo siempre una especial sensibilidad para acoger a los exiliados de la España republicana. Pero también desde el ámbito más personal, Croce se considera una de las mejores amigas italianas de Zambrano, la ayudó

---

\* Dirección para correspondencia: mbhg@um.es

directamente en esos difíciles años de retorno a Europa, encargándole artículos, prologando sus obras, protegiéndola contra las primeras denuncias anónimas en 1963 y promoviendo la vuelta a Roma de la autora a partir de 1964.

La editora registra al hilo de los años informaciones imprescindibles y detalladas sobre las vicisitudes del exilio de las hermanas Zambrano, los proyectos editoriales, las referencias a escritores y editores, así como los acontecimientos político-sociales de la Italia del tiempo; los cuales, en gran medida, determinaron la vida en Roma de la escritora malagueña. Para ello, Laurenzi ha consultado la documentación de la Fundación María Zambrano de Vélez-Málaga, donde están depositadas desde 1993 sus cartas; parte de ellas todavía se encuentran inéditas ya que la autora dispuso que no se hicieran públicas hasta diez años después de haberlas legado; así como ha dispuesto de la correspondencia dirigida a Elena Croce, conservada en la Fondazione Benedetto Croce de Nápoles. Las cartas de Zambrano, en gran parte escritas en español, han sido también traducidas al italiano por Elena Laurenzi, componiendo una apasionante conversación dilatada en el tiempo y destacada en los momentos más intensos de la vida de “mendiga” que Zambrano decía llevar como exiliada.

En la introducción al texto, subtitulada *Una amistad esencial*, Laurenzi recuerda las circunstancias de los once años de *soggiorno* romano de la filósofa española del año 53 al 64. Exilio significa para Zambrano, a la vez que una laceración constante por la condición proscrita que éste confiere a la persona en cualquier lugar; una obligación para ejercer el pensamiento en libertad. En efecto, por amistad esencial entiende Laurenzi un pequeño círculo de amigos españoles e italianos hermanados por la defensa de la libertad republicana, que constituyeron en Roma una suerte de familia a partir de 1953, fecha emblemática tras las elecciones políticas para la reapertura de Italia en Europa y para la normalización democrática del Belpaese. En Roma se establecieron en esa década destacadas figuras de la cultura española en el exilio, venidas en su mayor parte de Cuba, México y Argentina, estrechos amigos de la autora, como: Diego de Mesa, Enrique de Rivas, el pintor murciano Ramón Gaya, José Bergamín... Entre los italianos asiduos para María Zambrano destacaban además de Elena, su compañero Tom Carini, Silvia Croce y su marido Leonardo Cammarano, Elemire Zolla y su compañera Cristina Campo. Con Elena Croce las misivas comienzan en 1955, con cierta distancia de cortesía; sin embargo, a partir de 1959, el tratamiento epistolar se hace familiar y afectuoso, pues la simpatía cultivada en los frecuentes encuentros literarios, se convierte entre ambas mujeres en una amistad intensa y profunda.

Las hermanas Zambrano sintonizan maravillosamente con la vida romana y son muchas las ocasiones que manifiestan la pasión de María por los paseos, el olor de la comida en las calles, los cafés, las ruinas y los gatos de Roma. Ésta es para ella la ciudad del tiempo, pues ofrece un espacio privilegiado para reflexionar sobre lo eterno y la actualidad cambiante del mundo. El ambiente, como por esos años le ocurrió a George Santayana, le parece irrepetible para desarrollar el pensamiento libre de compromisos, y así lo manifiesta en una carta a Elena fechada el 10 de octubre de 1970: “È da molto tempo che medito sul Punto, e vedo che è il Luogo del pensiero e della libertà [...]. E la certezza che l'Italia è l'unico luogo dove la storia e l'uomo possono trovare questo Punto si rinnova in me ogni volta accresciuta”. Es por ello que las hermanas hicieron un llamamiento a sus amigos más allegados para

convencerles de reunirse con ellas en Roma, María confiesa en la misma carta: “*Quante lettere ho scritto per chiamare la mia gente! A Ortega ho mandato un messaggio a voce per due volte.*” Sea por la insistencia de la autora, o bien porque la vida en Italia resultaba más barata y agradable que en Francia, finalmente un nutrido grupo de españoles republicanos fue a instalarse en la capital italiana, entre ellos poetas, traductores y familiares vinculados a Zambrano.

Sus cartas constituyen un documento literario y personal de primera mano para entender el escenario de las relaciones culturales en la capital italiana, así como los bastidores de importantes proyectos editoriales compartidos por las dos autoras que, no obstante, fueron muy distintas entre sí e independientes, como subraya Laurenzi en la introducción. Elena Croce era en estos años una de las intelectuales italianas más influyentes, especialmente gracias a la sección cultural de la revista *Lo spettatore italiano*, a sus revistas *Sesanta* o *Quaderni di pensiero e poesia* y a su intensa actividad en la prensa nacional y los ambientes literarios. El estilo ensoñador y poético de Zambrano, poco tienen que ver con la prosa sintética y memorialista de Elena Croce. Quizá, como sugiere la editora, el secreto que esta amistad residiera precisamente en el respeto de su alteridad y también en algunas convergencias biográficas; pues ambas escritoras recibieron una educación católica, conservaron siempre la sensibilidad religiosa y crecieron en el culto al padre, aunque resolvieran su posterior influencia de forma diferente. Fue Diego de Mesa, alumno de Zambrano, quien las presentara formalmente, ya que según confiesa la propia María a Elena por carta, ella era demasiado tímida para acercarse al curso de Benedetto Croce o a los encuentros organizados por su hija en el famoso salón literario donde se congregaban la personalidades más destacadas de las letras.

Al cabo de pocos años, entre 1959 y 1964, Elena Croce invita a María Zambrano a colaborar intensamente en la edición de *Quaderni di pensiero e di poesia*, en la preparación de la antología de *Poeti del Novecento italiani e stranieri*, publicada en 1960 en Einaudi, para la que Zambrano selecciona poetas españoles. Le ofrece encargos continuos para publicar ensayos sobre Ortega, sobre filosofía española y literatura. Croce establece puentes, a través de María, con emergentes escritores hispanoamericanos, como Alfonso Reyes. Además, intercambian confidencias sobre otras revistas y mujeres editoras, como *Botteghe oscure*, guiada por la princesa Margueritte Caetani, hacia la cual se adivina una velada crítica entre líneas; o comentarios reveladores sobre la prestigiosa *Revista de Occidente*, que ambas califican de hipócrita, especialmente en el año del centenario de Unamuno, silenciado por ésta. Elena Croce también proporciona a María las cartas que certifican su vinculación como investigadora del Renacimiento en el Istituto di Studi Storici, gracias a las cuales ella mantiene durante varios años su estatuto de residente en Italia.

Cuando María alude a los escritores residentes en España, encuentra apoyo en Elena para denunciar la desolación de vivir en dictadura, como cuando recuerda los últimos años de Rafael Cansinos Assens, en una carta del 9 de septiembre de 1964: “*Esistono in altri luoghi così tanti “seppelliti in vita” come in Spagna? Potresti parlare un po’ di questo*”.

Laurenzi se refiere con delicadeza al dolor de Zambrano por la denuncia anónima que determinó la expulsión de la ciudad eterna. Ella y su hermana alimentaban a unos veinticinco gatos en su apartamento, pero quizá el verdadero motivo de la cancelación del permiso de

residencia era el fantasma de su peligroso pasado rojo, unido a la ineptitud de la Embajada Española en Roma. María confiesa a Croce que en su huida hacia la frontera tuvo que sufrir la falsa acusación de ladrona de hotel, pues fue culpada de sustraer una manta, triste peripecia con la que se marchó de su adorada Italia. No hubo ocasión de despedidas, sin embargo, Elena inmediatamente le ofrece hospitalidad en su propia casa, con la esperanza de que la repentina ausencia de las hermanas sea pasajera.

Después de 1964 las cartas de Elena Croce instan a María Zambrano a aceptar la vuelta a Italia al frente de un pequeño centro cultural pensado para ella que le permitiese susistir, se discute de las obras de reforma de Villa delle Ginestre y de la inminencia e ilusión por la vuelta y por continuar los encuentros y actividades literarias que la expulsión de 1964 interrumpió. No obstante, la enfermedad de su hermana Araceli, quien finalmente falleció en 1971, y el cambio de ambiente que María Zambrano percibe en la nueva década con la emergente cultura de masas, determinó que su vuelta a Roma fuese sólo ocasional, con motivo de dos viajes breves en 1973 y 1976, y que Italia se alejase ya definitivamente de sus expectativas. Por otra parte, también para Elena Croce empezaba una etapa problemática, en la cual era patente su incomprensión frente a la ideología materialista imperante en la sociedad italiana del tiempo.

La correspondencia se interrumpe casi por completo a partir de abril de 1979, aunque aún se recogen algunas postales y comunicaciones entre ambas autoras hasta 1990 con motivo de intercambio de obras y felicitaciones. En este periodo, desde 1984, Zambrano había vuelto a España, aceptando en su última vejez algunos reconocimientos institucionales. Sin embargo, los 45 años de exilio habían dejado en ella, como recuerda Laurenzi, una forma de ser ausente.

Este precioso volumen comenta por sí mismo el itinerario personal e intelectual de María Zambrano junto a Elena Croce; el común proyecto de rehacer las ilusiones perdidas con el exilio o de operar para el renacer de la cultura europea, a través del irrenunciable compromiso de la escritura con el pensamiento en libertad. El libro se concluye con dos escritos significativos dedicados de la una a la otra: el primero un comentario de María Zambrano a la novela *In visita* de Elena Croce, aparecido en la revista *Settanta* en 1974; el segundo, una breve reseña de Croce al libro *Los intelectuales en el drama de España*, de María Zambrano, publicada en el periódico *La Repubblica* el 7 de mayo de 1978, con el título: *La carità di una povera serva*. Como muestra del enriquecedor intercambio de sus palabras, en el escrito de Zambrano se comenta el humanismo en el modo de vida de Elena Croce; en el de ésta, la verdad como elemento indispensable para sustentar el peso de la historia.